



Resignificando el rol de potencia ascendente. El (re)surgir de China y los cambios en el sistema internacional contemporáneo

Artículos originales: SOCIOLOGÍA

RECIBIDO: 20/11/2023

APROBADO: 13/12/2023

PUBLICADO: 30/12/2023

Gonzalo Ghiggino

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

gonzaloghiggino@outlook.com

ORCID: 0000-0002-8148-5374

Carlos Juárez Centeno

Facultad de Ciencias Sociales y de Derecho Universidad Nacional de Córdoba

cjuarezcenteno@gmail.com

ORCID: 0000-0003-4957-5502

RESUMEN

El presente artículo pretende examinar el ascenso de China como potencia global, e interpretar el impacto que representa para el sistema internacional contemporáneo. Mientras que generalmente se sostiene que China pretende un cambio en el mismo, aquí planteamos que estos cambios solo se ajustan a sus necesidades como potencia ascendente y a reivindicar su larga historia. Ambas necesidades se retroalimentan dando forma un revisionismo distinto al que una potencia en ascenso podría proyectar. La incorporación de China al sistema westfaliano por el uso de la fuerza, significó la adopción de los principios europeos para su desenvolvimiento en el concierto internacional. El desarrollo industrial y la consolidación del Estado fueron claves para su modernización y el consecuente ascenso como potencia de primer orden. La interpretación que sostiene que el gigante asiático plantea un cambio radical en el sistema internacional, no se ajusta a sus propios intereses. La identidad dual y el realismo moral son elementos de suma importancia para entender cómo se interpreta a sí misma y cuáles son sus aspiraciones a nivel global. Por lo tanto, en esta línea, el enfoque del realismo moral planteado por el académico chino Yan Xuetong, como marco teórico, nos permite explicar desde los propios conceptos chinos el rol que el gigante asiático consideraría asumir en el concierto internacional.

PALABRAS CLAVE: China; ascenso; relaciones internacionales; globalización; sistema internacional.

Resignifying the role of ascending power. China's (re)emergence and changes in the contemporary international system

ABSTRACT

This article aims to examine the rise of China as a world power, and interpret the impact it represents for the contemporary international system. It is generally held that China intends a change it, here we argue that these changes only suit its needs as ascent power and vindicate its long history. Both needs feed off each other, shaping revisionism different from the one that a rising power could project. China's incorporation into Westphalian system through the force meant the adoption of European principles for its development in the international arena. Industrial development as well as State's consolidation was necessary for China's modernization and the consequent rise as a leading power. The interpretation that the Asian giant poses a radical change in the international system does not suit its interests. Dual identity and moral realism are important elements to understand how she interprets herself and what her aspirations are on a global level. Therefore, in this line, the approach of moral realism proposed by the Chinese academic Yan Xuetong, as a theoretical framework, allows us to explain from the Chinese concepts the role that the Asian giant would consider assuming in the international concert.

KEYWORDS: China; ascent; international relations; globalization; international system.

Introducción

En el presente artículo analizaremos el ascenso de la República Popular China (China) como potencia mundial y el consecuente impacto en el sistema internacional contemporáneo. Este escenario plantea un nuevo desafío para el actual sistema internacional, que sin embargo, no significa su total ruptura. En realidad, este ascenso implica un nuevo revisionismo, ya que no busca revertir el actual orden sino más bien ajustarlo acorde a sus intereses geopolíticos como históricos.

Entendemos por revisionismo, a lo expresado por Juan Gabriel Tokatlián, quien analiza las diferencias entre «potencias statuquistas» y «potencias revisionistas».

Se sostiene que los países pro statu quo están satisfechos, procuran asegurar las ‘reglas de juego’, apuntan a preservar el orden vigente e intentan fortalecer las instituciones internacionales. Se presume que son participantes constructivos que se comportan con responsabilidad para garantizar la estabilidad mundial. En la vereda opuesta, los revisionistas son descriptos como potencias insatisfechas que buscan socavar las ‘reglas de juego’ pues poseen una intención predatoria. Son presentados como actores irresponsables que aspiran a un ascenso agresivo y que asumen posturas riesgosas y provocadoras. (Tokatlián 2019, p. 12)

En base a esto, establecemos dos elementos claves para analizar e interpretar los orígenes del revisionismo chino, que son, reivindicación por peso de la historia y los intereses geopolíticos generados por su propio ascenso. En este orden, nuestra hipótesis sostiene que, China no es una potencia revisionista tradicional, y que los cambios que pretende en el sistema internacional, no significan un cambio radical del mismo ya que estos cambios están sustentados por la necesidad de retornar al rol central que históricamente tuvo así como por sus intereses geopolíticos. No obstante, vemos un juego retórico permanente que retroalimenta la idea y la necesidad histórica de que China, por sus condiciones particulares, necesita volver al centro de la escena, y esto requiere de un cambio.

En esta línea interpretativa, el realismo moral de Yan Xuetong conjuga elementos del realismo clásico como del pensamiento tradicional chino¹. Los académicos chinos y su búsqueda de entender el mundo a través de conceptos propios, son una fuente invaluable de conocimiento e información de lo que el país asiático pretende y aspira en el sistema internacional. Por lo tanto, el abordaje teórico basado en el realismo moral que plantea Yan Xuetong, se revela como indispensable a la hora de interpretar cómo China ve al mundo desde sus propias ideas y realidades.

1 Yan Xuetong es uno de los académicos más reconocidos de las relaciones internacionales de China y su realismo moral ha tenido gran impacto en los estudios de la política exterior china durante los últimos quince años. Sus trabajos se enmarcan dentro del enfoque Tsinghua de las relaciones internacionales, denominado así por el Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad de Tsinghua de Beijing.



De esta manera, en una primera parte haremos una aproximación al actual sistema internacional. En tanto que en una segunda parte, analizaremos el rol del gigante asiático desde su incorporación durante el siglo 19 tras las Guerras del Opio hasta la actualidad, lo que a su vez, nos ayudará a comprender la crisis del sistema internacional contemporáneo. Finalmente, abordaremos el ascenso chino, interpretando su significado histórico, sus características, y las implicancias que tiene en el sistema global.

1. Una aproximación al sistema internacional contemporáneo

Podemos hacer una aproximación al sistema internacional de acuerdo a como lo interpretan Pearson y Rochester (2000), quienes lo definen como las relaciones que configuran los asuntos mundiales, concretamente, el escenario general en que ocurren las relaciones internacionales en un momento dado. Dando un paso más, Barbé (1995, p. 197) interpreta que, «la estructura del sistema internacional es definida por la configuración de poder surgida de las relaciones entre actores». En este sentido, para Barbé (p. 198) la estructura del sistema internacional «está configurada por las grandes potencias, ya que las mismas disponen del poder estructural para dictar las reglas de juego».

El sistema internacional actual, se origina con la paz de Westfalia de 1648 y de ahí su denominación como «westfaliano», sentó sus bases con el establecimiento de ciertos atributos correspondientes al Estado. Atributos como unidades territoriales (población, territorio y soberanía) donde se establece al Estado como el principal actor de las relaciones internacionales. El sistema westfaliano, en definitiva, es la base de la independencia y la inviolabilidad de la soberanía de los estados, que permitió cierto equilibrio de poder en Europa en los siglos 18 y 19.

Sin embargo, desde 1648 hasta la actualidad, el sistema internacional tuvo períodos de continuidades y rupturas, por lo que manifiesta un constante movimiento según el equilibrio de poder se consolide o no. De esta manera, se ha periodizado según los grandes acontecimientos disruptivos. Así, las Guerras Napoleónicas dieron origen al sistema europeo post 1815, la Primera Guerra Mundial provocó el advenimiento del período de entreguerras (1919-1939), en tanto que tras la Segunda Guerra Mundial surgió el sistema bipolar que caracterizó a la Guerra Fría (1947-1991). Finalmente, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la Unión Soviética en 1991, dieron lugar al sistema unipolar con los Estados Unidos como superpotencia.

Hay que destacar dos factores claves que hacen al sistema actual que calificamos como contemporáneo. El primero es que desde 1648 hasta 1989, el equilibrio de poder entre las potencias fue lo que hizo posible que el sistema westfaliano perdurara, siendo la autoridad interna de cada Estado respetada, al menos conceptualmente entre las grandes potencias. El segundo factor fue la expansión comercial y colonial europea, que impuso este sistema al resto de las sociedades, que aunque contaran con tradicio-

nes y sistemas de gobiernos propios, tuvieron que incorporarse y adaptarse al modelo europeo de relaciones de poder interestatales.

El primer factor, es clave para el presente análisis ya que nos permite describir mejor el actual sistema internacional contemporáneo que consideramos en crisis y al que lo definimos como de post Guerra Fría, marcado por el unipolarismo norteamericano, principalmente en las década de 1990 y la primera del presente siglo, siendo el período más intenso del unipolarismo. En este punto, en 2015, John Ikenberry decía,

Los Estados Unidos no es solamente un poderoso estado operando en un mundo anárquico. Es el productor del orden mundial. A lo largo de las décadas, y con más apoyo que resistencia de otros estados, ha creado un orden internacional distintivamente abierto y basado en normas poco estrictas. Este orden —construido con los socios europeos y del Este asiático en la sombra de la Guerra Fría y organizado alrededor de libre mercado, alianzas de seguridad cooperación multilateral, y comunidad democrática— ha proporcionado la base y la lógica operativa para la política mundial moderna. Para mejor o peor, los estados en la era posterior a la Guerra Fría han tenido que consolar, operar o evitar este orden extenso. (Ikenberry, 2015, p. 133)

La existencia de un poder hegemónico con poder de determinar el orden internacional, significó la fusión de los intereses de la potencia hegemónica con las normas y valores impresos a dicho orden global. Así y todo, por más que el poder de los Estados Unidos durante las décadas mencionadas fue indiscutido no logró una imposición total del mismo. En todo caso, este orden tuvo distintos grados de influencia, tal es así que potencias como China y Rusia, si bien fueron influenciadas, no estuvieron involucradas de manera plena en el proceso interno de transformación hacia republicas liberales en el sentido que pretendía promover Washington. De esta manera, el sistema liberal internacional hegemónico liderado por Estados Unidos, tal como lo denomina Acharya (2014, p. 1), «tuvo un alcance parcial dependiendo del grado de involucramiento de los distintos países».

Por lo tanto, siguiendo a Acharya (2014, 3), no podemos hablar de un orden internacional liberal con hegemonía en todas sus dimensiones y en todas las latitudes, por lo que se puede categorizar al orden liderado por Washington como el Orden Mundial Americano². Tal como Acharya discute y replantea,

¿Hubo realmente un orden mundial hegemónico liberal estadounidense? Si alguna vez existió, ¿cuáles fueron sus miembros, alcance y beneficio? una de las afirmaciones sobre lo que realmente representó ese orden, hasta dónde se extendió y los beneficios que produjo, si bien no es infundada, es selectiva y exagerada. El alcance de este orden ha

2 El concepto «Americano» utilizado por Acharya hace referencia a los Estados Unidos, el concepto en inglés acuñado por el autor es *American World Order*, abreviado en su trabajo como AWO por sus iniciales. Si bien consideramos que el término americano no es el correcto para definir a los Estados Unidos, sí respetamos y traducimos literalmente el término utilizado por Acharya.



sido más bien limitado, y su contribución poco consistente para los países en vías de desarrollo. (Acharya, 2014, p. 3)

El planteo aquí es que este orden (liberal) no fue positivo para los países en vías de desarrollo, y tiene que ser visto como un orden internacional limitado y poco inclusivo (Acharya, 2017, p. 272). Por lo tanto, podemos definir al sistema internacional contemporáneo como al orden global representado por el unipolarismo norteamericano y caracterizado por el grado de control e influencia por parte de Washington. Este unipolarismo se entrelaza, al mismo tiempo, con la globalización económica, financiera y cultural de raigambre neoliberal³ (Ghigginio y Juárez Centeno, 2021).

En cuanto al segundo factor, que antes mencionáramos, nos permite abordar el impacto del sistema internacional westfaliano en China, y cómo se convirtió en su marco interpretativo para las relaciones internacionales. Este modelo, no obstante, implicó una ruptura —a la fuerza— del modelo cultural tributario chino, que generó una crisis sin precedentes en el denominado siglo de humillación entre 1840 y 1949. A partir de allí, China comenzó a construir un ideario histórico que se sustenta tanto en la importancia misma del Imperio del Centro hasta el siglo 19, como en el invaluable contenido filosófico y cultural que promovía valores distintos a los planteados por las potencias occidentales. Esta herencia histórica es útil a los objetivos de reposicionarse en el escenario global como potencia de primer orden.

Por otra parte, la adopción del sistema westfaliano le permitió una vez consolidado el poder estatal bajo el Partido Comunista, acoplar los intereses políticos y económicos a nivel global principalmente a partir de los años de reforma y apertura. Así, la llegada del siglo 21 encuentra a China en un rol de potencia en ascenso y en una clara disputa de poder, que aunque no se lo proponga, condiciona su política exterior y desempeño a nivel mundial. A partir de esta lectura es que el ascenso chino choca con el unipolarismo estadounidense generando tensiones que, en algunos casos, se resuelven con cambios en el sistema internacional. El asunto es dilucidar qué cambios plantea Beijing y que significan para el orden mundial (hasta ahora) encabezado por Washington.

2. China en el sistema internacional

Hasta finales del siglo 19, el concepto de estado-nación como tal, no existía en China. La construcción europea de organización política, instaurada luego de la Paz de Westfalia en el siglo 17, logró imponerse por la fuerza recién después de las Guerras del Opio entre 1839-1844 y entre 1856-1860. Hasta ese momento, el pensamiento

3 El liderazgo norteamericano se basó en la idea neoliberal de la globalización. Esto, se vio favorecido dado que, tras el fin de la Guerra Fría el neoliberalismo se erigió en un discurso hegemónico. Para más información sobre el discurso hegemónico y su impacto en los distintos ámbitos ver, Harvey, D. (2005). *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press.

político se fundamentaba en el culturalismo, esto es, una autopercepción compuesta de un sistema de creencias compartidas y con una identidad constituida a través de un patrimonio cultural común (Taiana, 2021).

La crisis del sistema imperial y el siglo de la humillación, tuvieron un profundo impacto en la autopercepción, así como en la idea sobre cómo afrontar los desafíos que implicaba ser parte de un sistema internacional liderado por las potencias europeas. De esta manera, comenzó a tomar forma un nuevo concepto de modernidad, basado en el modelo europeo, en el cual era fundamental alcanzar el desarrollo económico. Este desarrollo económico, era a su vez la clave para consolidar el poderío nacional e implicaba tanto un agresivo proceso industrializador como un cambio en las instituciones políticas. Esto, inevitablemente, significaba una profunda ruptura con el pasado y una construcción nueva respecto a la organización política e identidad nacional. De esta manera, a partir de la caída del imperio, intelectuales como sectores nacionalistas, comenzaron a idear al país como estado tomando el modelo europeo, para desenvolverse dentro del concierto internacional.

No obstante, la crisis del sistema imperial supuso la desintegración de China como unidad política centralizada. Su incorporación al sistema internacional fue más que traumática, y el proceso de conformación del estado no fue posible hasta el fortalecimiento de ciertas instituciones bajo la conducción del Partido Comunista. La consolidación del estado, principalmente post 1978, fue clave para el resurgir del país como potencia en el siglo 21. Henry Kissinger, en su obra titulada *World Order* (2014), considera los impactos y sus consecuencias en el tiempo:

El drama del encuentro de China con el Occidente desarrollado y Japón fue el impacto de las grandes potencias, organizadas como estados expansionistas, en una civilización que inicialmente vio las trampas del estado moderno como una degradación. El «ascenso» de China a la eminencia en el siglo 21 no es nuevo, pero restablece patrones históricos. Lo que es distintivo es que China ha regresado como heredera de una civilización antigua y como una gran potencia contemporánea en el modelo de Westfalia. Combina los legados de ‘Todo bajo el cielo’⁴, la modernización tecnocrática y una búsqueda nacional inusualmente turbulenta del siglo 20 para una síntesis entre los dos. (Kissinger, 2014, p. 220)

El resurgimiento chino del siglo 21, alienta a la lectura o interpretación del pasado glorioso de la China imperial que genera un fuerte orgullo nacional y define el rol que tiene que ocupar en el concierto internacional. Esta lectura de la memoria histórica —un glorioso imperio humillado por las potencias imperialistas extranjeras— ha sido y es una poderosa fuerza que no solamente une al pueblo chino y da forma a la identidad nacional, sino que también motiva y justifica lo que sus líderes entienden como el justo lugar del país en el mundo. En esta línea, los líderes chinos presentan una versión

4 En referencia al término en chino que es Tianxia (天下). Significa que hay un orden basado en jerarquías donde todos tienen lugar y China un rol central.



idealizada de la china imperial, para sostener el concepto de ascenso pacífico, al mismo tiempo que tomando la lección del colapso del imperio por la falta de fortaleza para defender su existencia, pregonan la ley de hierro que el fuerte elimina al débil porque los fuertes dominan (Zhao 2015, p. 982).

Se interpreta, por un lado, que el pasado glorioso del país merece ser reivindicado, al tiempo que por el otro se acepta la debilidad del mismo ante la fuerza avasallante que fue el modelo europeo de estado industrial. Lo importante de esta lectura es que, más allá de las reivindicaciones históricas, la interpretación westfaliana del mundo y su adaptación en el siglo 20, fue la clave para el resurgir chino. No se apeló al tradicionalismo sino al desarrollo industrial y a la implementación de un sistema político que fortaleciera al Estado.

Los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica, desarrollados por Zhou Enlai en 1954, y que continúan como pilares de la política exterior hasta el día de hoy, son la manifestación más clara de la adhesión de China al sistema westfaliano. Cabe destacar que durante las décadas de 1950 y 1960, con el no reconocimiento por parte del bloque occidental, Beijing implementó una política de reconocimiento basado en la reciprocidad⁵ (Keith, 1989).

Con la incorporación de la Republica Popular en 1971 a las Naciones Unidas, y con el inicio de las políticas de reforma y apertura en 1978, los Cinco Principios ampliaron su alcance. Los cambios internos así como a nivel internacional ocurridos entre 1972 y 1992, empujaron a Beijing a reconsiderar ciertas estrategias de política exterior. En esta línea, a partir de 1978 se ensayó una política exterior de mercado realismo donde todas las energías se volcaron al desarrollo económico del país a través del aprovechamiento de las inversiones extranjeras. A partir de 1992, tras el fin del orden de la Guerra Fría, Beijing promovió una serie de políticas destinadas a fomentar la cooperación bilateral y multilateral que se consolidó con los años. A partir de este momento, China comenzó a tener un papel más activo en su apoyo al multilateralismo y realizó mayores esfuerzos para adoptar reglas de cooperación, particularmente en las áreas de economía y de seguridad (Pang, 2015).

Así con el inicio del presente siglo, el gobierno chino, consciente del impacto global de su crecimiento económico comenzó a delinear una nueva estrategia denominada «desarrollo pacífico». La idea apuntaba a dar la imagen al mundo que el desarrollo y ascenso como potencia, a diferencia de las potencias occidentales, era pacífico. En este contexto, Yan Xuetong escribe «El ascenso de China a los ojos de los chinos» (2001), donde se distingue el concepto de rejuvenecimiento así como la importancia del desarrollo pacífico de China ya que, por un lado generaría mayor estabilidad a nivel regional como contrapeso a los Estados Unidos, y en el plano económico forjaría un boom

5 Estos son: el respeto mutuo a la soberanía e integridad territorial, principio de no agresión mutua, no interferencia en los asuntos internos de los demás, igualdad y beneficio mutuo, y coexistencia pacífica, que fueron pensados inicialmente para los vínculos con países vecinos y luego se hicieron extensivos para el resto de los países no alineados y del mundo comunista. https://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/wjdt_665385/zyjh_665391/201407/t20140701_678184.html. Recuperado el 9 de febrero de 2023.

a nivel mundial dado el tamaño poblacional del país. Es interesante distinguir cómo el planteo se fundamenta a partir del realismo donde claramente están definidos los intereses del Estado como actor principal. En tanto que la pretensión de desarticular la percepción de la amenaza china, va de la mano del concepto de «desarrollo pacífico». Esto se basa en que no se trata de adquirir un nuevo status, sino de retornar al lugar que históricamente China ostentaba antes de las Guerras del Opio del siglo 19.

En esto el imperativo histórico-civilizador tiene un rol fundamental y, como lo entendemos, es un factor imprescindible como marco explicativo de la condición china, que la diferencia del resto no solo a nivel de civilización sino también como potencia global. China, con una tradición de miles de años, ha desarrollado «el concepto confuciano de benevolencia (ren) [仁] que alienta a los líderes a adoptar un gobierno benevolente (wangdao) [王道] antes que uno hegemónico (badao) [霸道]» (Yan, 2001, p. 37). A través de este imperativo, Beijing cuestiona al modelo cultural europeo basado en la fuerza, y propone una cultura política que pone énfasis en la moral más que en el poder duro.

Esta autopercepción, indudablemente, es una poderosa herramienta para explicar y advertir el alcance de las expectativas así como el papel a jugar en el sistema internacional. Esto lo explica su larga historia, que puede datarse desde el milenio anterior a Cristo. Por lo tanto, el último siglo y medio —donde China quedó relegada a un segundo plano entre las potencias— fue un período anormal. En la actualidad, producto de su desarrollo económico, le corresponde un lugar central como potencia mundial. A la par, el contexto internacional reforzó esta idea con el impacto, principalmente en occidente, tras la crisis desatada en Wall Street en 2008.

De esta crisis, surgida en el seno del capitalismo neoliberal, no solamente la economía china logró salir indemne, sino que también sus inversiones en el exterior experimentaron un crecimiento exponencial sobre todo a partir de 2009/2010. Durante estos años, las empresas locales no enfrentaron una crisis crediticia gracias al sostén estatal; lo que sumado a la falta de competencia extranjera les permitió ganar terreno y expandirse por el resto del mundo (De Vuele y Bulke, 2010, p. 7).

Esto tuvo un doble efecto. Por un lado, mostró la resistencia del denominado modelo chino⁶ a la crisis del capitalismo financiero, dando así lugar al concepto de capitalismo de estado-dirigido que comienza a ser observado como más eficiente. Asimismo, fue clave en la propagación del modelo como guía a imitar, principalmente entre los países en vías de desarrollo que experimentaron una fuerte caída en los indicadores económicos siguiendo la receta de los países desarrollados de occidente. Por otro lado, el efecto directo de las inversiones chinas, que sostuvo a las economías del mundo en vías de desarrollo y logró reducir el impacto de la crisis en estos países, puede ser considerado como el debut en la economía global como un actor clave e indispensable.

6 Por modelo chino se refiere al sistema político y económico donde el rol del Estado es determinante en el rumbo de la economía del país.



A contracara de este ascenso del gigante asiático, las economías de los países centrales o desarrollados tardaron en lograr una recuperación y de esta forma, a partir de estos años, tanto a nivel interno como a nivel externo, surgen voces que requieren una mayor participación de China en los asuntos internacionales y comenzará a ser considerada como un actor de primer orden cuyas decisiones tienen un impacto decisivo en la economía mundial.

3. Ascenso con características chinas

Yan Xuetong plantea que la competencia/rivalidad entre China y Estados Unidos será, indudablemente, el debate más importante en las relaciones internacionales. La pregunta principal es si la competencia resultará en desastre o si es posible que China se convierta en una potencia pacíficamente (Creutzfeldt, 2012). El concepto moral, empleado en la antigüedad, es tomado para definir el comportamiento que debería tener China como potencia global en el siglo 21. Se pregunta si China se comportará como una potencia histórica tradicional al estilo occidental, y con esto quiere decir agresiva, o más bien como un nuevo tipo de potencia. Lo que propone concretamente es utilizar los pensamientos tradicionales chinos, sobre todo en lo que refiere a la moralidad y de allí desarrollar una política exterior basada en la benevolencia y no en la fuerza. El término utilizado para definir esta política exterior será el *Humanae authority* (Yan, 2011), cuyo significado puede interpretarse como autoridad basada en el ejemplo del comportamiento.

Para ello, la cuestión está en redefinir la política exterior de Beijing, temática en debate entre los académicos chinos en la actualidad. Para el autor, China como potencia en ascenso, no puede construir una estrategia global creíble sin proveer seguridad, protección y beneficios económicos a otros países, en especial a sus vecinos. Por lo tanto, sostiene que es necesario promover un giro y que en política exterior pase de mantener un bajo perfil, cuyo término en inglés es *Keeping Low Profile* (KPL), a una que facilite un entorno internacional más favorable denominada en inglés como *Striving for Achievement* (SFA). La política del KPL solo se centra en el desarrollo económico, pero si bien este puede favorecer cierta cooperación, no produce más aliados como tampoco ayuda a China a construir una buena imagen. En cambio la política del SFA tiene como propósito forjar alianzas a través del crecimiento económico y ayuda a mejorar la imagen de China tanto con sus vecinos como en el resto del mundo (Yan, 2014, pp.160, 161).

En esto, un concepto crucial a entender es el de rejuvenecimiento nacional. Desde los inicios de las políticas de reforma y apertura, ya se plantea la necesidad de modernizar el país. Esta idea de modernidad estará presente en las cuatro modernizaciones propuestas por Deng Xiaoping: agricultura, industria, ciencia y tecnología, y defensa. Esto es importante entender ya que, el concepto e idea de modernización será una

constante en el gobierno chino, y luego los académicos la incorporarán como elemento de análisis. El termino modernidad, si bien continúa utilizándose durante el gobierno de Xi Jinping, será utilizado junto con el de rejuvenecimiento de la nación. Tanto el termino modernidad como rejuvenecimiento, hacen referencia a la necesidad de superar el pasado y alcanzar un futuro promisorio.

En este sentido, el SFA propuesto como política exterior por el autor, apunta a generar las condiciones favorables para el rejuvenecimiento. Así podemos observar cómo la política doméstica y sus objetivos determinan, en gran medida, a los objetivos de política exterior: el desarrollo económico y por añadidura el rejuvenecimiento. Por otra parte, esto marca la pauta de que China se percibe como potencia en ascenso a nivel global y que necesita consolidar su posición. Y la mejor opción para esto, no es el uso de la fuerza material sino el poder moral basado en el *Humanae authority*. A diferencia del realismo tradicional que exporta la ideología de la democracia y el libre mercado junto con el poder militar, el realismo moral persigue la doctrina que se basa en «no rechazar a quienes vienen a aprender y nunca ir a adoctrinar a los demás» (Yan, 2014, p. 163). En esta línea el autor afirma que,

Una cosa es verdad, imponer una ideología o moral a otros inevitablemente conducirá a conflictos internacionales, incluso a enfrentamientos militares. Sin embargo, la civilización y no el conflicto, será posible cuando la moralidad se utilice para la autodisciplina. Para el realismo moral, las políticas exteriores que presentan una autodisciplina basada en la moralidad apuntan a obtener más apoyo internacional además de una imagen moral. (Yan, 2014, p. 163)

No obstante, y más allá de las condiciones actuales favorables para Beijing, esta posibilidad de llevar a cabo una política exterior basada en la moralidad encuentra sus dificultades. Primero, porque la situación ideológica dentro de China es complicada, y segundo, porque que la ideología oficial promovida por el Partido Comunista difiere de la excepcional cultura tradicional china aplicable a la política exterior. Las tres ideologías más importantes que compiten por influir en la política exterior son, el marxismo, el pragmatismo económico y el tradicionalismo chino (Yan, 2018, p. 8).

El marxismo fue y sigue siendo la ideología oficial, y si bien tal vez no tenga el peso en la política exterior como lo era durante el periodo previo a 1978, es una herramienta teórica y discursiva muy poderosa para el Partido Comunista. Es decir, más allá de los avances producidos por la reforma y apertura, no se pudo prescindir del marxismo de manera oficial, puesto que le da argumentos teóricos al partido gobernante. En cuanto al pragmatismo económico, fue el principal aporte ideológico en la que se basó el gobierno chino desde los años 1980, que tanto a nivel interno como externo le fue funcional para adaptar al país al capitalismo, y al mismo tiempo recibir inversiones extranjeras e incorporarse a la economía mundial exitosamente. Esta ideología supone, en política exterior, mantener un bajo perfil no confrontativo, y aún tiene respaldo en parte de la clase gobernante. En tanto que el tradicionalismo ha resurgido de la mano



del crecimiento económico y sobre todo durante el gobierno de Xi Jinping, quien ha promovido los pensamientos de los clásicos chinos. El tradicionalismo no se limita a los valores del confucianismo, sino que es la combinación de todos los viejos pensamientos clásicos, y si bien no es ideología oficial aún, cuenta con muchos adherentes dentro y fuera del gobierno. Estos tres componentes teóricos a veces chocan entre sí y a veces se superponen, dificultando la posibilidad de consolidar el poder blando basado en la moralidad promovido por el Humnae authority.

Por otra parte, la creciente confianza propia y las posibilidades en las que se susenta para incidir decididamente en el sistema internacional, no implican que vaya a desafiar a los Estados Unidos en todas las áreas. Primero, porque el poderío militar y el control financiero global de Estados Unidos son aún demasiado grandes como para cuestionarlos. En segundo lugar, hay que considerar un elemento crucial basado en la autopercepción, y es que China aún hoy se concibe una potencia global pero en vías de desarrollo. Ser una economía en vías desarrollo pero al mismo tiempo ser la segunda en tamaño a nivel mundial, significa que sus capacidades sobrepasan ampliamente a la de sus pares del denominado Sur global y la colocan en el statu de potencia. Es esta doble identidad o identidad dual la que le permite una mayor flexibilidad de no asumir roles de superpotencia pero competir con los Estados Unidos en ciertas áreas (Yan, 2021).

La identidad dual china ayuda a comprender su geopolítica, puesto que al considerarse el país más grande de los países en vías de desarrollo, considera a sus aliados naturales a los países del Sur global que comparten la misma problemática del subdesarrollo. Frente a los aliados naturales como los considera, intenta pregonar una imagen de potencia responsable y benevolente que apuesta por el desarrollo compartido con ellos. En dicho rol, propone cambios que apuntan a la no injerencia interna de los países, y promueve un sistema más multilateral que visiblemente se contrapone con el unipolar de los Estados Unidos. Un ejemplo claro de ello podemos observarlo en lo que fue la activa política de proveer insumos y vacunas para combatir el coronavirus y la postura a favor de fortalecer la Organización Mundial de la Salud (OMS) frente a los ataques del gobierno de Donald Trump.

En este sentido, la estrategia de reemplazar el KLP por el SFA como política exterior apunta a que China asuma su rol de potencia y actúe en consecuencia. Este cambio de estrategia, puede interpretarse como la búsqueda de un nuevo orden basado en los intereses chinos y en el establecimiento de nuevas normas, lo que lleva a la pregunta de cómo China transformará la política global en siglo 21, concretamente si será una potencia revisionista (Zhang y Chang, 2014). Esta respuesta también la podemos encontrar en el concepto de realismo moral de Yan, donde el Humanae authority impulsa a la potencia a ser una potencia benevolente y guiar con el ejemplo. Esto no significa que Beijing pretenda cambiar de raíz el sistema internacional vigente a través del reemplazo de las instituciones actuales. Por lo contrario, y como ha demostrado la pandemia, China apoyó firmemente a las instituciones multilaterales como la OMS, en tanto que Estados Unidos decidió rechazar dicha institución como autoridad válida en cuestio-

nes de salud a nivel internacional. Con el accionar del gobierno de Donald Trump, quedó demostrado que el revisionismo no es un atributo inherente de las potencias en ascenso, en este sentido cualquier potencia, incluido el poder hegemónico, puede volverse revisionista si es que no está satisfecho con el orden internacional existente y tiene la capacidad de desafiarlo (He, Feng, Chan y Hu, 2021, p. 161).

Teniendo en cuenta esto, China apuesta a convertirse en una potencia no tradicional, donde la benevolencia guía su política exterior, pero al mismo tiempo procura mantener a las instituciones del actual orden internacional con una visión multilateral, enarbolando el win-win policy y la cooperación⁷. En todo caso, busca crear instituciones de segundo nivel, que no signifiquen un cambio profundo en el sistema internacional, que a instituciones de primer nivel (He, Feng, Chan y Hu, 2021, p. 167). Una muestra de ello es que China durante los últimos años ha creado sus propias instituciones internacionales, como lo son, a nivel seguridad la Organización de Cooperación de Shanghái, y a nivel financiero el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura, al mismo tiempo, es el segundo mayor contribuyente a las Naciones Unidas, aporta el segundo contingente militar en las misiones de paz y preside varias organizaciones especializadas de primera línea como la FAO⁸.

De esta manera, Beijing intenta potenciar su posición maximizando sus oportunidades y reduciendo los riesgos que esto pueda ocasionar, por eso es tan valiosa la identidad dual a la que antes hacíamos referencia. Beijing intenta sostener un sistema económico global integrado, pero no la integración política emanada desde occidente que pretende expandir e incorporar a la democracia occidental liberal a todos los países del globo. En este punto, el gobierno chino rechaza cualquier interferencia externa en asuntos que considera de extrema importancia y sensibilidad, como el accionar ante las protestas pro democracia de Hong Kong, la reunificación con Taiwán y las acusaciones que recaen sobre su política en la región autónoma Uigur de Xinjiang. Como resultado, reivindica que el principio elemental sobre el que debe basarse las relaciones internacionales es la no injerencia en asuntos internos (Yan, 2019, p.44).

Asimismo, la política exterior también está condicionada por las tensiones internacionales producto de la hostilidad creciente de Estados Unidos y sus aliados. Esta hostilidad justifica una política exterior más asertiva, donde Beijing se ve obligado a generar ajustes en el sistema internacional y moldear ciertas normas para defender sus intereses. Por ello, en 2013 se lanzó la iniciativa de la Franja y la Ruta, y en 2014 el ya nombrado Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB por sus siglas en inglés). A su vez, Beijing busca ser el impulsor del desarrollo a nivel global, donde acorde al modelo chino, el Estado juega un rol destacado. En este sentido, Xulio Ríos argumenta que,

7 En el discurso oficial el término es ganar-ganar o win-win donde, en base a la cooperación y el respeto mutuo todos ganan. Esto busca contraponer al concepto de competencia en el que uno gana y otro pierde relacionado con la actitud histórica de los Estados Unidos.

8 El término en español es Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.



China pretende desactivar los argumentos de sus primeros críticos mediante el impulso de una globalización alternativa que, además del comercio, considere otro tipo de variables como las infraestructuras y la inversión productiva. Un modelo diferente y con la capacidad de introducir cambios sustanciales en los paradigmas de desarrollo de los países involucrados, de promover la libre elección del modelo de desarrollo, de replantear el papel del sector público y otros principios que, en conjunto, perfilan una dinámica global más equilibrada e incluyente que la resultante de la mundialización liberal. (Ríos, 2018, p. 5)

Pero este denominado modelo chino tiene sus límites, por un lado porque no hay una activa política de China de querer presentarlo más allá de lo propagandístico, y segundo porque la adopción del mismo depende de cada país y es poco probable que suceda voluntariamente por cuestiones internas. No obstante, puede observarse un resurgimiento del poder o mejor aún del rol del Estado, aunque más incentivado por los efectos de la pandemia y las crisis de la globalización que de la necesidad de imitar a China. La propuesta del modelo chino busca mostrarse como uno más efectivo que el de occidente, pero su fin es consolidar hacia adentro y demostrar hacia afuera que su status de potencia implica algo innovador y superador al ya agotado modelo occidental-estadounidense. A esto, hay que contextualizarlo en la competencia entre una potencia ascendente como lo es China y otra que pierde su hegemonía de potencia unipolar como lo es Estados Unidos.

Por lo tanto, hay que comprender el ascenso chino y su consecuente revisionismo en este marco, donde la competencia entre grandes potencias marca cada vez más la agenda internacional y es inevitable el choque de ideas y posiciones. Como ya lo expresáramos, si bien China propone una nueva idea de globalización y nuevas instituciones para la misma, no significa que pretenda revertir el sistema internacional sino ajustarlo a sus intereses. El contenido retórico-histórico es funcional a esta estrategia, más aún al tratarse del resurgir de una potencia que se considera que tuvo un rol central durante los últimos tres mil años.

Conclusión

El principal reto del ascenso chino al sistema internacional, está en el tipo de revisionismo que plantea. Éste se sustenta en su peso histórico, como en su rol de potencia de primer orden, y ambos elementos se conjugan para justificar los cambios que China pretende para el sistema actual. No obstante, como hemos podido destacar, estos cambios no significarían una reversión del orden internacional vigente, sino que más bien pretende el reconocimiento de su lugar entre las potencias. Si bien, por un lado, existe el reclamo de las demás potencias de que Beijing actúe en consecuencia, por el otro, su exclusión de instituciones internacionales de gestión de asuntos globales como el FMI o el Banco Mundial, hacen que desarrolle sus propias instituciones como el AIIB y pro-

mueva una serie de inversiones a través de la Nueva Ruta de la Seda. A esto se le suma las tensiones de un sistema internacional en crisis, donde el gobierno chino entiende como necesario acelerar dichas reformas para proteger y dar cabida a sus intereses.

Para avanzar en su agenda global, considera necesario crear un clima internacional favorable no del todo rupturista pero que implica tensar aún más las relaciones con los Estados Unidos. Y si bien Washington apela a la retórica de confrontación propia de la Guerra Fría, Beijing no está interesado en responder con la misma lógica ni a proyectar globalmente su modelo político. No es ni busca asociarse con la imagen de una potencia desestabilizadora, ya que de serlo es más lo que pierde que lo que gana⁹. Ante esto, propone una alternativa como lo es la comunidad de destino compartido, donde busca armonizar los intereses globales con un común denominador que es el beneficio mutuo de las naciones.

En este sentido, sea su alcance real o retórico, lo que juega en esta construcción es el peso de su historia que le avala; no solo reclamar su lugar de potencia, sino también justificar sus cambios y ofrecerlos como una opción superadora a lo que las demás potencias ofrecen. El hecho de contar con miles de años de historia, y de haber sido la principal potencia durante cientos de años, le confieren autoridad y ésta debe estar bien ejercida. En esto, surge el concepto, bastante extendido y aceptado dentro de China, de potencia benévola y de la necesidad de comportarse de manera distinta, liderando con el ejemplo como lo propone Yan Xuetong,

En esta línea, la estabilidad que China ofrece en tiempos de crisis está íntimamente ligada a su modelo económico, donde el Estado juega un rol trascendental en la economía. Esto le permitió superar la crisis de 2008, y nuevamente sortear exitosamente los efectos del covid-19 en el 2020 siendo una de las pocas economías que creció ese año¹⁰. Como lo venimos sosteniendo en este artículo, si bien este modelo, junto a su sistema político no pretende exportarse a otros países, sí representa, para el sistema internacional, una opción a la globalización neoliberal. En periodos de crisis y de cambio, la potencia que emerge se vuelve una opción por el hecho de que toda potencia en ascenso es agente de cambio que afecta al sistema internacional. Así, el choque de modelos es cada vez más evidente, y el peso geopolítico como histórico de China, avalan, desde sus teóricos, la necesidad de darle espacio a esta nueva y distinta opción que ofrece como potencia hegemónica pero benévola, y esto sin dudas, resignifica el rol de potencia ascendente y revisionista.

9 Un difícil equilibrio intenta mantener en el conflicto entre Rusia y Ucrania, donde por un lado procura mostrarse en favor de la integridad territorial ucraniana y el diálogo como resolución del conflicto, mientras que por otro busca no ceder a las presiones de los Estados Unidos y no condena a Rusia por sus acciones.

10 La estricta cuarentena en Shanghái a comienzos de 2022, y sus consecuencias económicas sumado al estrés social, ponen en entredicho la eficiencia del sistema que el gobierno quiere presentar.



Referencias bibliográficas

- Acharya, A. (2014). *The end of American World Order*, Polity Press.
- Acharya, A. (2017). «After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order», *Ethics & International Affairs*, 31 N° 3. 271–285.
- Barbé, E. (1995). «Los actores internacionales: definición y tipología» en *Relaciones Internacionales*, Madrid, 1° Ed., Tecnos, pp. 117-197.
- Creutzfeldt, B. (2012). ‘Theory Talk #51: Yan Xuetong on Chinese Realism, the Tsinghua School of International Relations, and the Impossibility of Harmony’, *Theory Talks*.
- De Vuele, F, y Van de Bulke, D. (2010). «The global crisis, Foreign Direct Investment and China: Developments and implications», *Brussels Institute of Contemporary China Studies*.
- Ghiggino, G. y Juárez Centeno, C. (2021). «La post pandemia y los posibles escenarios globales», en Ética y responsabilidad en la crisis: cómo pensar este tiempo de pandemia /Waldo Ansaldi ... [et al.]; compilación de Adriana Boria; Alicia Servetto. 1a Córdoba: Centro de Estudios Avanzados (2021), ISBN 978 987 1751 97 6, pp. 53 66.
- Ikenberry, J. (2015). Introduction. En Ikenberry, J. Wang J. y Zhu F. (Eds.). *America, China, and the Struggle for World Order: Ideas, Traditions, Historical Legacies, and Global Visions* (pp. 1-18). Palgrave Macmillan.
- Kai He. Huiyung F. Chan, S. y Weixing H. (2021). «Rethinking Revisionism in World Politics», *The Chinese Journal of International Politics*, 2021, Vol. 14, No. 2, 159–186.
- Keith, R. (1989). *The Diplomacy of Zhou Enlai*, St. Martin Press.
- Kissinger, Henry (2014). *World Order*, Penguin Press.
- Ministry of Foreign Affairs of the People’s Republic of China, 28 June 2014, https://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/wjdt_665385/zyjh_665391/201407/t20140701_678184.html. Recuperado el 9 de febrero de 2023.
- Pang Z. (2015). «China’s Role in the World Economy and International Governance», *Global Challenges Foundation, Stockholm*.
- Pearson, F. S. y Rochester, J. M. (2000). *Relaciones Internacionales. Situación Global en el Siglo XXI*. Cuarta Edición. Mc Graw Hill.
- Ríos, X. (2018). «China: ¿otra globalización?», *Observatorio de Política China*.
- Taiana, F. (2021). «Cien años del PC Chino. Las claves del Socialismo con Características Chinas, que le permiten disputar el liderazgo mundial», *El cohete en la Luna*.
- Tokatlian, J. G. (22.02.2019). «Estados Unidos, una potencia revisionista», *Diario La Nación*.
- Yan X. (2001). «The Rise of China in Chinese Eyes», *Journal of Contemporary China*, 10(26), 33–39.
- Yan X. (2011). Ancient Chinese thought, modern Chinese Power. En Bell, D. A. and Sun Z. (Eds). *Ancient Chinese thought, modern Chinese Power* (pp.21-107). Princeton University Press.
- Yan X. (2014). «From Keeping a Low Profile to Striving for Achievement», *The Chinese Journal of International Politics*, Vol. 7, No. 2, 153–184.

- Yan X. (2018). «Chinese Values vs. Liberalism: What Ideology Will Shape the International Normative Order?», *The Chinese Journal of International Politics*, Vol.1, N° 11, 1–22.
- Yan X. (2019). «The Age of Uneasy Peace. Chinese Power in a Divided World», *Foreign Affairs*, Volume 98 Number 1, 40-46.
- Yan X. (2021). «Becoming Strong. The New Chinese Foreign Policy», *Foreign Affairs*, Volume 100, Number 4, 40-47.
- Zhang F. (2015). «Confucian Foreign Policy Traditions in Chinese History», *The Chinese Journal of International Politics*, Vol. 8, No. 2, 197–218.
- Zhang Y. y Chang T. (2016). «The making of Chinese international theory?». En Zhang Y. y Chang T. (Eds.). *Constructing a Chinese School of International Relations. Ongoing debates and sociological realities* (pp. 1-14). Routledge.